

AMIA I

El día que se repite

HERNAN CHAROSKY*

En *El día de la marmota*, muchos recordarán, Bill Murray se despertaba a las 6, todos los días, para vivir un mismo día que se repetía. Esa maldición repetitiva lo iba enloqueciendo paulatinamente: cada día era el mismo que el anterior, todo volvía a ocurrir ante sus ojos. El protagonista detiene su proceso de enloquecimiento cuando decide aprovechar ese tiempo cíclico para aprender cosas: piano, escultura en hielo, medicina. Esos conocimientos nuevos lo cambian y le permiten intervenir amorosamente en las vidas de aquellos que lo rodean en ese día repetitivo. Y son esas nuevas capacidades las que, por fin, le permiten parar la repetición, romper el “hechizo”, y que el tiempo siga su curso normal.

Cada 18 de julio vivimos las mismas condiciones institucionales que permitieron el atentado y la impunidad. No tenemos certezas sobre cómo ni por qué mataron a 85 personas. Tampoco sabemos por qué no sabemos. Cada 18 de julio escribo el mismo artículo, en el que recuerdo que dos componentes fundamentales de esto son la falta de control institucional de las actividades de inteligencia y la casi nula de rendición de cuentas del sistema judicial.

En ese artículo que año a año repito, cuento que la comisión bicameral a cargo del control de las actividades de inteligencia no se ha reunido casi nunca, y no ha ejercido funciones de control jamás, y si las quisiera ejercer, estaría muy limitada en sus facultades. También recuerdo que Néstor Kirchner, en 2005, comprometió al Estado argentino con familiares de víctimas ante la

Comisión Interamericana de Derechos Humanos a, entre otras metas, reformar la ley nacional de inteligencia para fortalecer los controles institucionales sobre los organismos de inteligencia, a fin de que rindan cuentas como es debido en cualquier Estado de derecho real. En ese artículo, vuelvo a contar que ese compromiso sigue sin cumplirse.

Esto es importante porque el desconocimiento de las causas y de los responsables del atentado, y posteriormente del encubrimiento, es, en buena medida, el resultado de una democracia que no sabe en qué se gastan los fondos de inteligencia, ni qué hacen las agencias a cargo de esa actividad. Así, el ciclo de

penetración de los fondos y los intereses del aparato de inteligencia en el sistema de justicia, en la política, en los medios, se repite una y otra vez desde 1994.

La distorsión del control institucional sobre el Poder Judicial es parte de esta pesadilla que se repite. El Consejo de la Magistratura excepcionalmente sirvió para echar un poco de luz sobre el mal desempeño judicial, no sólo en este caso, sino, en general, sobre los de corrupción. Por el contrario, ha tendido a incrementar la promiscuidad entre el poder político y la suerte de los jueces. Nada mejor puede decirse de los mecanismos de rendición de cuentas de los fiscales. El Poder Legislativo tampoco

sirvió para interrumpir. Los legisladores no ejercen sus diversas funciones de control, ya sea porque las mayorías no quieren o las minorías no saben hacerles pagar el precio de no querer.

En 2015 las elecciones presidenciales abren una posibilidad de aprendizaje. Podemos aprender que el descontrol y la falta de rendición de cuentas del aparato de inteligencia y del sistema judicial no juegan nunca en favor de un poder político democrático, sino que lo esclavizan. Que si la inteligencia y la Justicia se partidizan, sólo brevemente lo hacen a favor de un liderazgo político. Al final de ese día repetido, es el liderazgo político el que les rinde pleitesía. Y es la nación la que pierde seguridad y justicia.

Podemos aprender que es posible un acuerdo político antes de las elecciones, antes de que nadie crea que puede “beneficiarse” espionando a rivales o garantizándose impunidad. En ese acuerdo podrían comprometerse todos aquellos que aspiran a conducir al país a garantizar que los mecanismos de control y de rendición de cuentas sobre las actividades del Estado, particularmente aquellas actividades sin control que nos hacen repetir este día aciago, van a ser fortalecidos y respetados, gane quien gane. Si el que gana no respeta el acuerdo, deberíamos aprender a que pague costos políticos reales. En democracia, para que alguien pague costos políticos es necesario que a los ciudadanos les importe. ¿Aprenderemos antes del próximo 18 de julio, y dejaremos que el tiempo nos alcance?



ACTO. Un dolor que permanece inalterable ante la impunidad por las 85 muertes.

*Sociólogo.

AMIA II

Un tema sólo de los judíos

HERNAN DOBRY*

Cuánta razón tenía Perón cuando dijo que “la única verdad es la realidad”, algo que quedó plasmado ayer en los actos del 20° aniversario del atentado a la AMIA, donde un puñado de miles de personas, en su gran mayoría judíos, se congregaron para pedir justicia, un bien que escasea en la Argentina en este caso.

La sociedad permaneció en silencio en sus casas, en sus trabajos, o mirándolo por televisión, quizás apoyando el momento de recordación. No salió a manifestarse masivamente. La realidad es que la bomba que estalló hace dos décadas en pleno barrio de Once es cosa sólo de los judíos; si no, no se entiende la poca convocatoria de los homenajes.

¿Dónde estaban las decenas de miles de personas que se congregaron hace una semana en el Obelisco para celebrar la llegada a la final y el segundo puesto de la selección en el Mundial?

¿Dónde estaban los caceroleros que protestaban contra el gobierno nacional? ¿Por qué no salieron a repiquear las ollas en sus barrios, si es que el Once les quedaba demasiado lejos?

¿Dónde estaban la televisión y los radios que instaron a la población a par-

ticipar de las protestas y de los festejos mundialistas? ¿Por qué no tuvieron la misma arenga en el homenaje a las víctimas de la AMIA?

¿Dónde estaba Cristina Kirchner, quien en sus años de senadora tenía una activa participación en la comisión de seguimiento de la investigación del atentado y que tan interesada estaba por firmar el memorándum con Irán para “esclarecer” lo ocurrido en 1994?

¿Dónde están las decenas de miles de personas y las agrupaciones de derechos humanos que acuden los 24 de marzo a los actos del Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia en la Plaza de Mayo o la ex ESMA?

¿Acaso no poder comprar dólares, la recordación de lo que ocurrió en la dictadura o un logro deportivo son más importantes que el asesinato de 85 argentinos? ¿O será que como gran parte de los que murieron ese 18 de julio de 1994 eran judíos no les resultó tan importante?

Al final, el senador Miguel Pichetto tenía razón cuando dijo que en el atentado

habían fallecido argentinos-argentinos y argentinos-judíos en la sesión en la que se aprobó el memorándum. Pensar que muchos creyeron que le había salido el antisemita de adentro, en una mezcla de acto fallido con verbosidad de tribuna legislativa.

No era así, estaba pintando una realidad que muchos no quieren ver y que, una vez más, explotó a la vista de todos en la mañana de ayer: en el ataque contra la sede de la mutual israelita, sólo murieron argentinos-judíos (aunque también algunos argentinos-argentinos), por eso la mayoría de los que se congregaron eran judíos.

Las palabras de Pichetto siguen la línea que marcó su compañero de bancada, Carlos Saúl Menem, cuando era presidente y el 18 de julio de 1994 llamó al primer ministro israelí Itzjak Rabin para darle sus condolencias por el atentado que acababa de producirse en Buenos Aires. La respuesta que recibió fue clara: “Las condolencias se las tengo que dar a usted”.

Incluso, la Policía Federal tuvo in-

filtrado a uno de sus agentes de inteligencia dentro de la AMIA durante los gobiernos de Raúl Alfonsín y Menem para investigar la posibilidad de que se llevara a cabo el Plan Andinia y que los judíos quisieran adueñarse de la Patagonia.

El Estado argentino reconoció su culpabilidad en no haber cumplido su rol de prevención del atentado y haber “omitido grave y deliberadamente su función de investigación”, al igual que lo hizo con lo que pasó durante la dictadura.

Para lo ocurrido con los desaparecidos hace todo lo posible para que se lleven a cabo los juicios por la verdad, ha indemnizado a los familiares, participa con funcionarios de los actos oficiales e instituyó un día especial de recordación.

Nada de esto ha ocurrido con los de la AMIA. ¿Será que no tienen el mismo valor político los 30 mil desaparecidos que los 85 muertos del atentado? Con el ejercicio de la memoria también se puede discriminar, porque se constituye con todo aquello que se decide olvidar.

*Periodista y autor del libro *Ser judío en los años setenta junto a Daniel Goldman*.